

Entre tantas bellezas majestuosa
Con marmóreo esplendor domina Atenas.
En sus dóricos templos y columnas
Juega la luz rosada,
Y con mágica tinta
El contorno fugaz colora y pinta.
¡Cuadro admirable y delicioso! Empero
Goza placer más puro y más sublime
El solitario y pensador viajero
Que á la luz del crepúsculo sombrío,
Entre un océano de caliente arena,
Contempla el esqueleto de Palmira,
De alto silencio y soledad cercado.
¡Desolación inmensa! El obelisco,
Cual noble anciano, se levanta al cielo
Con triste majestad, y el cardo infausto,
Brotando en grietas de marmóreo techo,
Al viento sirio silba. En los salones
Do la elegancia y el poder moraron,
Hoy la culebra solitaria gira.
En el suelo de templos quebrantados
Crecen los pinos, y en las anchas calles,
Que antes hirvieron en rumor y vida,
Se mira ondear la hierba silenciosa.
Doquier yacen columnas derribadas
Unas sobre otras, y en la gran llanura
Incontables parecen los despojos
De la grandeza y del poder pasado.
Arcos, palacios, templos y obeliscos
Forman un laberinto pavoroso
En que inmóvil se asienta
El silencioso genio de las ruinas,
Y altas verdades, máximas divinas
De su frente el dolor al sabio cuenta.

Á MI CABALLO.

Amigo de mis horas de tristeza,
Ven, alíviame, ven. Por las llanuras
Desalado, arrebatame, y perdido
En la velocidad de tu carrera,
Olvide yo mi desventura fiera.

Huyeron de mi amor las ilusiones
Para nunca volver, de paz y dicha
Llevando tras de sí las esperanzas.
Corrióse el velo: desengaño impío
El fin señala del delirio mío.

¡Oh! ¡cuánto me fatigan los recuerdos
Del pasado placer! ¡Cuánto es horrible
El desierto de una alma desolada,
Sin flores de esperanza ni frescura!
Ya ¿qué las resta?—Tedio y amargura.

¡Este viento del Sur.... ¡ay! me devora!
¡Si pudiera dormir!.... En dulce olvido,
En pasajera muerte sepultado,
Mi ardor calenturiento se templara
Y mi alma triste su vigor cobrara.

¡Caballo! ¡fiel amigo! Yo te imploro.
Volemcs ¡ay! Quebrante la fatiga
Mi cuerpo débil, y quizá benigno
Sobre la árida frente de tu dueño
Sus desmayadas alas tienda el sueño.

Débate yo tan dulce refrigerio.....
Más otra vez avergonzar me hiciste
De mi insana crueldad y mi delirio,
Al contemplar mis pies ensangrentados,
Y tus ijares ¡ay! despedazados.

Perdona mi furor: el llanto mira
Que se agolpa á mis párpados..... Amigo,
Cuando mis gritos resonar escuches,
No aguardes, no, la devorante espuela,
La crín sacude, alza la frente, y vuela.

VERSOS ESCRITOS EN UNA TEMPESTAD.

Huracán, huracán, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

En alas de los vientos suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible,
Como una eternidad. La tierra en calma
Funesta, abrasadora,
Contempla con pavor su faz terrible.
Al toro contemplad..... La tierra escarban
De un insufrible ardor sus pies heridos;
La armada frente al cielo levantando,
Y en la henchida nariz fuego aspirando,
Llama á la tempestad con sus bramidos.
¡Qué nubes! ¡Qué furor!..... El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y entre sus negras sombras sólo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que ni es noche ni día,
Y al mundo tiñe de color de muerte.
Los pajarillos callan y se esconden,
Mientras el fiero huracán viene volando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Ya llega..... ¿No le veis?..... ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso!.....
¡Gigante de los aires te saludo!
Ved cómo en confusión vuelan en torno
Las orlas de su parda vestidura.
¡Cómo en el horizonte
Sus brazos furibundos ya se enarcan,
Y tendidos abarcan
Cuanto alcanza á mirar, de monte á monte!

¡Obscuridad universal! Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos agitado.
¡Oid!..... Retumba en las nubes despeñado,
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brotó el rayo veloz, se precipita,
Hierde, y aterra el delincuente suelo,
Y en su lívida luz inunda el cielo.

¿Qué rumor?..... ¿Es la lluvia?..... Enfurecida
Cae á torrentes, y oscurece el mundo,
Y todo es confusión y horror profundo.
Cielos, colinas, nubes, caro bosque,
¿Dónde estáis? ¿Dónde estáis? Os busco en vano,
Desparecisteis..... La tormenta umbría
En los aires revuelve un oceano
Que todo lo sepulta.....
Al fin, mundo fatal, nos separamos;
El huracán y yo solos estamos.
¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
De tu solemne inspiración henchido,
Al mundo vil y miserable olvido,
Y alzo la frente de delicia lleno!
¿Do está el alma cobarde
Que teme tu rugir?..... Yo en tí me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz: siento á la tierra
Escucharle y temblar: ardiente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y á su alta majestad tiemblo, y le adoro.

NIÁGARA.

Dadme mi lira, dádmela: que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!..... Niágara undoso,

Sola tu faz sublime ya podría
Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan,
Y déjame mirar (1) tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: vi al Oceano
Azotado del austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Sus abismos abrir, y amé el peligro,
Y sus iras amé: mas su fiereza
En mi alma no dejara
La profunda impresión que tu grandeza (2).

Corres sereno y majestuoso, y luego (3)
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vagos pensamientos se confunde,

(1) En otros textos «*Déjame contemplar*».
La corrección no fué feliz, porque el mismo verbo se repite dos versos después.
(2) Texto primitivo. Luego escribió Heredia con menos naturalidad:

*Vórtice hirviente abrir, y amé el peligro,
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.*

(3) *Sereno corres, majestuoso, y luego*

Al contemplar (1) la férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde obscuro
Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil, ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.
Mas llegan..... saltan..... El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados;
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
Al golpe violentísimo en las peñas
Rómpele el agua, y salta, y una nube
De revueltos vapores
Cubre el abismo en remolinos, sube,
Gira en torno, y al cielo
Cual pirámide inmensa se levanta,
Y por sobre los bosques que le cercan
Al solitario cazador espanta (2).

Mas, ¿qué en ti busca mi anhelante vista
Con inquieto afanar? (3) ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,

(1) *Al mirar esa.*

(2) Heredia estropeó toda ésta magnífica descripción, so pretexto de corregirla:

*En las rígidas peñas
Rómpele el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza,
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.*

(3) *Con inútil afan.*

Y al soplo de la brisa del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene....
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
Á tu terrible majestad conviene.
La palma y mirto, y delicada rosa,
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: á ti la suerte
Guarda más digno objeto y más sublime.
El alma libre, generosa y fuerte
Viene, te ve, se asombra,
Menosprecia los frívolos deleites,
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! (1) en otros climas
Vi monstruos execrables
Blasfemando su nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignación. Por otra parte
Vi mentidos filósofos que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte
Y de impiedad al lamentable abismo
Á los míseros hombres arrastraban:
Por eso siempre te buscó mi mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á tí; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz baja á mi seno (2)
De este raudal en el eterno trueno.

(1) Omnipotente Dios.

(2) Hierre mi seno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista mi ánimo enajena
Y de terror y admiración me llena!
¿Do tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Oceano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.

Miro tus aguas que incansables corren,
Como el largo torrente de los siglos
Rueda en la eternidad: así del hombre
Pasan volando los floridos días,
Y despierta el dolor.... ¡Ay! ya agotada
Siento mi juventud, mi faz marchita (1),
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi mísero aislamiento, mi abandono,
Mi lamentable desamor.... ¿Podría
Una alma apasionada y borrascosa (2)
Sin amor ser feliz?.... ¡Oh! ¡Si una hermosa
Digna de mí me amase (3),

(1) Todo esto está cambiado en la edición de Toluca, en estos términos:

*Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad.... Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,
Y despierta al dolor.... ¡Ay! Agostada
Yace mi juventud, mi faz marchita....*

(2) En edad borrascosa.

(3) Mi cariño fijase.

Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y mi andar solitario (1) acompañase!
¡Cuál gozara al mirar su faz cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreirse
Al sostenerla en (2) mis amantes brazos:.....
¡Delirios de virtud!..... ¡Ay! desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores.

¡Niágara poderoso!
Oye mi última voz: en pocos años (3)
Ya devorado habrá la tumba fría
Á tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! Pueda piadoso
Al contemplar tu faz algún viajero (4),
Dar un suspiro á la memoria mía.
Y yo al hundirse el sol (5) en Occidente,
Vuele gozoso do el Criador (6) me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

HIMNO AL SOL.

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:
Lo infinito circunda tu frente,
Lo infinito sostiene tus pies.
Ven: al bronco rugir de las ondas

-
- (1) *Y ardiente admiración.*
(2) Falta el *en* en la edición de Toluca.
(3) *Adiós, adiós, dentro de pocos años.*
(4) *Viéndote algún viajero.*
(5) *Y al abismarse Febo.*
(6) *Feliz yo vuele do el Señor.*

Une acento tan fiero y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el Oriente,
Y la sombra se acoge á Occidente
Y á las nubes lejanas del Sur:
Y del Este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso,
De oro, púrpura, fuego y azul.

¡Vedla ya!..... Cual gigante imperioso
Alza el Sol su cabeza encendida.....
¡Salve, padre de luz y de vida,
Centro eterno de fuerza y calor!
¡Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh Sol!

De la vida eres padre: tu fuego
Poderoso renueva este mundo:
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, agita, serena tu ardor.

Al brillar la feliz primavera,
Dulce vida recobran los pechos,
Y en dichosa ternura deshechos
Reconocen la magia de amor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
De verdura las viste, y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son á tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos
Abandona huracán inclemente,
Cuando en ellos reluce tu frente,
Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona de bello fulgor.

Tuyas son las cavernas profundas
De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentran tu plácido ardor.

Aun la mente obedece tu imperio,
Y al poeta tus rayos animan;
Su entusiasmo celeste subliman,
Y le ciñen eterno laurel.

Cuando el éter dominas, y al mundo
Con calor vivificas intenso,
Que á mi seno descienes yo pienso,
Y alto numen despiertas en él.

¡Sol! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envía
Al autor de tu vida y la mía,
Al Señor de los cielos y el mar.

Alma eterna, doquiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro:
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia explicar?

Á su inmensa grandeza me humillo.
Sé que vive, que reina y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.

¡Ah! si acaso pudieron un día
Vacilar de mi fe los cimientos,
Fué al mirar sus altares sangrientos
Circundados por crimen y error.

MUERTE DEL TORO.

FRAGMENTO DESCRIPTIVO.

Al clavar de los dardos inflamados
Y agitación frenética del toro,
La multitud atónita se embebe,
Como en el circo la romana plebe
Atenta reprobaba ó aplaudía
El gesto, el ademán y la mirada
Con que sobre la arena ensangrentada
El moribundo gladiador caía.

Suena el clarín, y del sangriento drama
Se abre el acto final, cuando á la arena
Desciende el matador, y al fiero bruto
Osado llama, y su furor provoca.
Él, arrojando espuma por la boca,
Con la vista devórale, y el suelo
Hierde con duro pie: su ardiente cola
Azota los ijares y bramando
Se precipita.... El matador, sereno,
Ágil se esquivo, y el agudo estoque
Le esconde hasta la cruz dentro del seno.

Párase el toro y su bramido expresa
Dolor, profunda rabia y agonía.
En vano lucha con la muerte impía:
Quiere vengarse aún; pero la fuerza,
Con la caliente sangre que derrama
En gruesos borbotones, le abandona,
Y entre el dolor frenético y la ira,
Vacila, cae, y rebramando expira.

Sin honor el cadáver arrastrado
En bárbaro triunfo: yertos, flojos,
Vagan los fuertes pies, turbios los ojos
En que ha un momento centellar se vía